**Domingo XXVIII del Tiempo Ordinario – ciclo B-**

Uno de los mensajes centrales que podemos subrayar este domingo nos sitúa frente a la actitud que tomamos ante las cosas materiales. Actitud que puede ser sencillamente de desprendimiento, relativizando su valor frente a las cosas que no se ven, aquello que se descubre como valor muy superior e incluso absoluto, como acontece en el relato del evangelio. Puede ser que los bienes materiales absorban tanto de nosotros/a que no nos dejan libertad para actuar. Vale la pena que nos planteemos, como el sabio de Israel, qué es lo que más valoramos, a qué le prestamos, no solo mayor atención, sino la vida entera. Hasta es posible que, optar por una cosa u otra, por un bien u otro, nos haga sentir como abiertas en canal, partidas en dos... Discernir bien y hacer la opción de nuestra vida no siempre es fácil, En el caso que plantea el evangelio de Marcos queda reflejado hasta qué punto “ser buena gente” todavía no es suficiente. Para seguir al Maestro es necesario todavía más… ¿Ya has hecho tu opción? ¿Estas segura/o…?

* **Sabiduría 7,7-11:** En el texto del libro de la Sabiduría, toma la palabra alguien que es un experimentado en mirar las cosas y los acontecimientos con hondura, desde dentro, discerniendo entre aquello que posee valor, pero un valor relativo, pasajero, superfluo incluso, y lo que sabe que es bueno por sí solo. La prudencia y la sabiduría ¿Qué valor pueden tener estas dos virtudes hoy frente al poder, la riqueza, el prestigio social…? Podríamos preguntarnos si, incluso para nosotros, personas de fe, consagradas y consagrados, valen algo o significan algo en nuestra vida. En más de una ocasión, la Escritura nos presenta personajes que como el sabio autor invocan y suplican obtener de Dios la prudencia y la sabiduría, dos condiciones divinas, más que humanas. Por eso, para algunos/as son de tan gran valor. ¿Son realmente esos los bienes que buscamos? Pues, pongamos a prueba nuestro espíritu. Veamos hasta qué punto está iluminado por la sabiduría que viene del interior del corazón y de las cosas mismas o si, por el contrario, navegamos en un mar de desencanto y decepciones: las propias que ofrece la vida y las que nacen de unas relaciones vacías, tanto con Dios como con el prójimo, e incluso, con las cosas que nos procuramos y a las que nos aferramos. Lo que no llena la vida de sentido, deprime, es decir, se lo quita. Escuchemos, una vez más, atentamente, la confesión del sabio orante: *“Supliqué y se me concedió…; invoqué y vino a mí…”.* ¡Que gozo poder experimentar y dar ese testimonio de vida centrada en lo que realmente vale!
* **Salmo 89:** Con este salmo meditamos sobre lo que significa la vida humana y todo aquello que la llena de belleza, de alegría, de solidez… Está en nosotras ver con buenos ojos y espíritu abierto la grandeza que Dios, Señor del universo, ha derrochado en cada una de sus criaturas, haciéndolas portadoras de sus dones. Pero, para ser conscientes de esta grandeza hemos de reconocer también nuestra indigencia y pequeñez. Dejarle obrar a Él.
* **Hebreos 4, 12-13:** ¡Qué gran arquitecto del espíritu es el autor de este mensaje! ¿Quién puede dar detalles de la manera en que actúa la Palabra, si no la ha experimentado dentro…? Quizá una mujer, la “Bendita entre las mujeres” pueda darnos una idea de cómo es Dios, y de cómo su Palabra se mete dentro del ser (del alma y del espíritu…). Pues bien, esta experiencia, al parecer, no está lejos de cada uno de los fieles que se hacen, como María de Nazaret, “oyentes de la Palabra”. *“La palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo… penetrante…”*. ¡Qué diferente sería nuestra vida si, en verdad, nos dejáramos invadir por la Palabra! El discernimiento entre lo que somos y queremos ser nos llevaría a optar por vivir sin máscara alguna, sin la mínima fisura, en coherencia total con la vocación recibida. ¿Os imagináis ser criaturas que irradian la Divinidad en cada uno de sus gestos, de sus acciones, de sus palabras y de sus silencios, en cada una de sus miradas…?
* Somos *barro* que contiene el *deseo* de Dios, pero que, al mismo tiempo, lo oscurece. Si la *Palabra de Dios*, Jesucristo, es la medida de nuestro discernimiento, todo es luz, todo tiene sentido... De lo contrario andamos como gente dividida, por dentro y por fuera. Sin orientación, sin firmeza y sin sentido de la vida.
* Marcos 10, 17-30: Que Jesús de Nazaret era alguien que atraía a la gente con el mismo entusiasmo que otros mostraban por repudiarlo, es obvio; esta imagen está presente y se repite una y otra vez a lo largo de los cuatro evangelios. Es una realidad tan viva que, aún hoy, XXI siglos después de aquellos acontecimientos, constituye el signo de pertenencia al Camino, como llamaron al movimiento cristiano durante los primeros siglos. Estar o no con Jesucristo, pertenecerle y seguirle a él y comprometernos o no con el Proyecto de reinado de Dios que él hace presente en el mundo, nos diferencia. Pero es una diferencia que se aprecia en pequeños rasgos. Rasgos llamativos solo en cuanto se van sumando y formando un estilo de vida que no deja a nadie indiferente. No se trata de ser bueno… ¡Para eso ya está Dios! *“No hay nadie bueno más que Dios”* ¡Cuantas veces se nos olvida esta verdad…! Tantas como somos capaces de postrarnos ante Jesús, con todos nuestros buenos deseos al descubierto, para pedirle que haga eso que sólo nosotros podemos hacer, porque nos toca, porque después de que Dios nos diera lo mejor de sí, a su Hijo, y nos llamara a compartir con él el Reino, nos toca a nosotras/os optar, tomar la decisión fundamental de nuestra existencia: ser libres.
* Poseemos demasiadas riquezas. Nos atan demasiadas “cosas buenas”, somos demasiado cumplidoras/es de la “ley” ¡Nos falta ser libres y, sobre todo, tener nuestra mirada puesta en lo que Dios la tiene: en el otro, en la otra, en el don de la creación…! Cuando seamos capaces de hacer sonreír a Dios, de no dejarle una y otra vez con la mirada apuesta en nuestra espalda, porque nos cuesta desprendernos “de lo buenas personas que somos”, “de lo bien que hacemos las cosas”, “de lo mucho que nos deben los demás…” Entonces, sin duda, recibiremos respuesta a nuestra pregunta: *“Maestro bueno, ¿qué puedo hacer para heredar la vida eterna?* O esta otra: *“¿quién podrá salvarse?”* Nada. Nos dirá el Maestro. Porque ya la tienes… Nada. Porque ya estás salvado/a. ¡¿Te lo puedes creer…?!